

La terrible simetría

Rafael Toriz

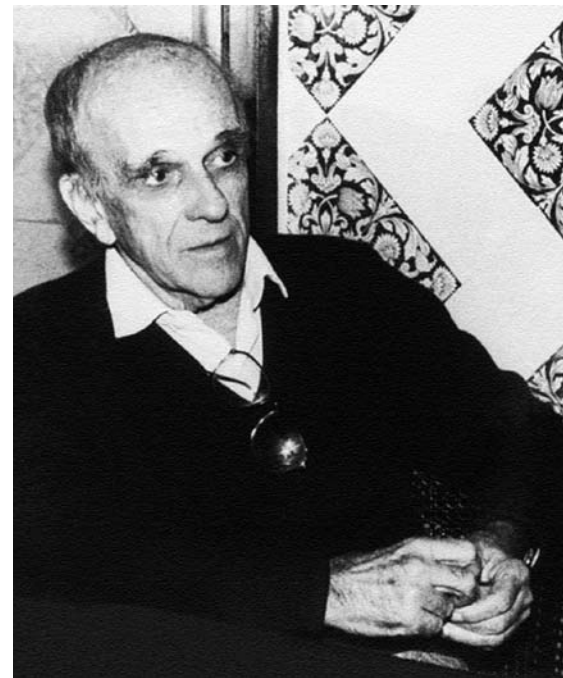
DESPUÉS DE CIERTA EXPERIENCIA como lector profesional y apasionado uno llega a dos certezas irreductibles. Por un lado hablar de ciertos autores, pero sólo de aquellos que verdaderamente nos transforman, resulta imposible; nada de lo que digamos puede retener el fulgor de su acontecimiento o testimoniar en su justa dimensión la parte desconocida de nosotros mismos que revela su mirada. Ciertos libros parecieran ser el espejo del mundo como lo soñamos, con toda su podredumbre y su maldad, con su dosis de gracia y su pizca de belleza. El mundo trepidante, vastísimo e imperfecto que ha construido Rubem Fonseca es, por mucho, la proyección de mis deseos y fantasías en una prosa categórica que no admite corrección. Rubem Fonseca no sólo es un escritor extraordinario –demasiado bueno para ser verdad– sino también uno de los mejores narradores del mundo en funciones al que las palabras “calidad superlativa” le quedan como las pantuflas al maratonista dedicado.

La otra certeza es muy sencilla. Luego de saber que no hay nada que verdaderamente *deba* decirse, al lector apasionado sólo le resta ofrecer el único homenaje digno de tal nombre: traducirlo con toda pulcritud y maravilla a la lengua en la que vive.

(No considero accesorio aclarar que la intención de este texto es la de ofrecer mis servicios por escrito).

Juventud, divino tesoro

El caso de Fonseca, todavía hoy autor extrañamente minoritario en México, resulta curioso por el lugar en el que se ubica respecto a otros



Rubem Fonseca



autores de más de ochenta años en activo como Carlos Fuentes o José Saramago quienes, pese a sus probadas capacidades, hablan del mundo desde una distancia que los vuelve estatutarios y viejos, tornando sus libros más recientes, en el mejor de los casos, grandilocuentes, cansinos y aburridos. Uno de los rasgos distintivos de la obra de Fonseca –quien a sus 85 años se encuentra en la plenitud de sus poderes– es la manera relajada y natural con la que refleja al presente puesto que lo tutea sin ceremonias. Ya sea que propine una cátedra sobre computadoras o se detenga en las minucias de un reproductor de mp3, Fonseca siempre habla de las cosas cotidianas como por descuido (“Fui para mi casa a ver filmes en DVD y a leer. Son las dos cosas que más disfruto después de coger”). En la mayoría de sus libros el día a día aparece con la naturalidad de unas llaves olvidadas sobre la mesa o una frase escuchada sin querer, lo que revela el truco de su eterna juventud: el brasileño no le tiene miedo a envejecer.

Su última novela, *O seminarista* (*El seminarista*), es la prueba luminosa de que don Rubem está en plena forma, armado hasta los dientes y muy consciente de los cambios profundos que está atravesando el libro y la industria editorial en nuestros días.

Luego de una provechosa relación de dos décadas con la prestigiosa Companhia das Letras, Fonseca rompió relaciones con la editorial por razones inciertas y se animó a publicar su última novela con Agir en 2009, un sello que apuesta por la calidad y que con la incorporación a su catálogo del autor de *El gran arte* se sitúa como un referente indiscutible en el ámbito literario lusoparlante. Con un tino comercial inmejorable la gente de Agir, que ha tirado 20 000 ejemplares de la novela, ha apoyado el lanzamiento del libro con un formidable sitio web en el que, además de emplear el artilugio de moda conocido como *booktrailer*, recopilan las críticas de la novela, consignan fotos recientes por motivo del lanzamiento del libro –hecho rarísimo puesto que Fonseca mantiene el mínimo contacto con la prensa– e incluso cuentan con una lectura en voz del autor de fragmentos de *El arte de caminar por las calles de Río de Janeiro*, cuento que, como regalo especial, es publicado en edición limitada con fotografías de su hijo Zeca Fonseca para regocijo de los fanáticos. A la

fecha Agir ha reeditado dos clásicos de la obra fonsequeña: *Los prisioneros* y *Lucía McCartney*.

Por si estos detalles fueran pocos, otro golazo editorial ha sido ofrecer simultáneamente la versión de la novela en su formato electrónico (para leer en Kindle, iPhone, iPod y demás soportes análogos) a un menor precio que la edición en papel (20 reales contra 37), lo que ubica a Fonseca a la vanguardia en cuanto a promoción y distribución de literatura en la red se refiere. Se sabe también que el texto será adaptado en breve como audio libro y como cómic, hecho que le viene formidable, pues se trata de una novela negra.

Ni duda cabe que la juventud, para algunos, es un tesoro permanente.

Born to be wild

La novela cuenta la historia de José, un ex seminarista mujeriego conocido como “El especialista”, el mejor asesino a sueldo de todo Río de Janeiro, personaje que ya había aparecido en algunos cuentos del libro *Ella y otras mujeres*.

La historia cuenta con los detalles característicos de la literatura de Fonseca –reflexiones literarias, bellas mujeres, brutalidad absoluta, digresiones ensayísticas, hábitos sibaritas y sobre todo esa extraña dignidad de los humillados con que el autor suele recubrir a sus protagonistas para los que la violencia expedita funciona como insobornable justicia distributiva. De alguna manera los personajes y los mundos de Fonseca, para bien y para mal, son justos, a semejanza del mítico Cobrador.

El seminarista es una historia lineal de corrupción y violencia que si bien no alcanza las cotas maestras de *El gran arte* o *Agosto* (y tampoco las de novela perfecta como *Buffo & Spallanzani* o *Vastas emociones y pensamientos imperfectos*) se revela como una prueba de la salud y la vigencia del autor minero que, desde mi perspectiva, sabe que en literatura todo juicio es oportuno menos el pensamiento jerárquico, siempre tan presente en la crítica, la universidad y el apollinado medio literario. Si algo ha demostrado la carrera de Fonseca es que no existen temas ni tratamientos innobles, sino sencillamente mal escritos o mal en-

focados. De ahí que no asombre al lector el hecho de llegar al capítulo v empapado por un carrusel de asesinatos entre los que destaca, desde el inicio, un balazo en la cabeza de papá Noel para continuar con el homicidio a traición de otro sicario, seguir con el de un parálítico (enfermera incluida), el de un necrófilo solitario e incluso, como detalle encantador, el de un psicoanalista profesional.

El especialista, hombre expulsado del seminario debido a su temperamento libidinoso, llega a resultar entrañable por putaño, sibarita, asesino y sobre todo por su juicio literario, decididamente exquisito. Queda claro que sólo un escritor con los huevos de Fonseca podía volver entrañable y vigoroso un arquetipo tan caído en el desprestigio como un seminarista.

Al ser un libro de vejez, y sabiendo que el término es relativo, no resulta extravagante ni pretencioso el hecho de que el libro esté permeado por la formación eclesiástica del protagonista, lo que lo hace intercalar a la mitad de sus diálogos agudas perlas de la sabiduría latina, citando frases de Horacio, Séneca, Cicerón, Virgilio, Crisóstomo, Petrarca y Propertio. El asesino, como podía esperarse, es un tipo refinado y sensible, amante de la buena cocina, el rock, los vinos y las mujeres hermosas, como puede leerse a cada rato: “Una cosa me preocupaba. La última alemanita que me comí tenía las nalgas aguadas. Un culo fofo es la cosa más *bajoneante* que existe”; “Está bien, soy un demente, no consigo cogerme a otra mujer. En mi tiempo me comí a todas las mujeres que quise, incluso me comí algunas que no quería comerme” a lo que se reprocha con determinación: “El Zorba, de Kazantzakis, decía que un hombre de carácter tiene que comerse a la mujer que quiera con él”.

Cronista de una sociedad que confunde el embeleso con la violencia y la poesía con el asesinato, la novela de Fonseca vuelve a ser un espejo inmejorable de las agudas contradicciones inherentes a las complejas metrópolis latinoamericanas, y es que, en el fondo, Fonseca siempre está hablando de la ciudad, ese Río maravilloso y terrible que puede ser (casi) cualquier parte del planeta.

Otro de los temas a los que vuelve el autor es el desprecio por la estupidez y la vacuidad de la burguesía, una constante que hace de sus personajes seres superior-

res, estoicos, ecuanímenes, ubicados en la esquina opuesta al resentimiento: “Todo tipo que juega al golf cree que es un gran suceso en la vida; todo desarrapado que asciende socialmente acaba aprendiendo a jugar golf, a andar a caballo y a escoger vinos finos”.

La novela, fiel a su estilo, es también una lección de literatura, de poesía y de traducción. El *slang* carioca, propinado de dosificada manera, hace esperar por las elecciones que propondrán sus traductores al castellano como Basilio Losada, Elkin Obregón, Romeo Tello, Regina Crespo o Rodolfo Mata, que ya en otras ocasiones nos han decepcionado y a veces, incluso, hasta sorprendido.

Fonseca, grande como pocos, es siempre el maestro, el que espía: la voz en la sombra que deja hablar al lenguaje y cuyas intromisiones, por literarias que sean y por mucho que le deban al desdoblamiento metaficcional instaurado por Philip Roth, caen como agua fresca en los labios ansiosos.

En algún momento José, el especialista, se refiere a sí mismo como una puta vieja a la que nada la sorprende, un símil que podemos aplicar al brasileño que da tremendas cátedras de vitalidad y literatura a edad propecta.

Por fortuna, para la aprendiz de cortesana que esto escribe, toparse con la última novela de Fonseca es una alegría y arrebató que sólo puede agradecer y recomendar. ■■

Rubem Fonseca
O seminarista
 Río de Janeiro, Agir
 2009, 184 pp.

